

PLANTEAMIENTO FILOSOFICO-EDUCATIVO DEL PROBLEMA DE LA COMUNICACION

por JOSÉ A. IBÁÑEZ-MARTÍN
Universidad Complutense de Madrid

Introducción

Cada vez es más patente el acierto de Mac Luhan al hablar de la «aldea global». El mundo de nuestros días está profundamente interrelacionado y, así, la destitución de un oscuro funcionario de Moscú aparece en la prensa de todo el mundo libre, de igual modo que la caída de la Bolsa de Nueva York provoca el hundimiento de la Bolsa de Madrid.

Pero junto a esos fenómenos aparecen otros muy contrarios, que llevan a que se acuse a nuestra sociedad de fomentar la incomunicación entre sus miembros, comprometiendo seriamente las aspiraciones a la felicidad que todos tenemos.

De ahí la necesidad de puntualizar los distintos significados que tiene el término «comunicación» y cuál sea su sentido en la vida del hombre, así como las condiciones de su posibilidad.

Comencemos viendo los orígenes históricos del término «comunicación». Este viene del latín «communicatio», que a su vez remite a «comunico» y a «communis». Pues bien, una lectura atenta de los textos clásicos nos lleva a una sorpresa agradable: para los romanos la «comunicación» era la acción de poner en común algo, de compartir, de participar con los demás. Así se «comunica» (se comparte) la adversidad, o los despojos, del mismo modo que los alimentos en la mesa, el trabajo o la causa de los esclavos fugitivos. Pienso que esto es una sorpresa porque nosotros estamos más bien acostumbrados a otro tipo de significación.

En efecto, la importancia de los llamados «medios de comunicación»

nos mueve a pensar en la comunicación como una acción unidireccional mediante la que se trasladan informaciones variadas, las cuales pueden llegar a ser órdenes que deban ejecutarse. De esta forma, el mayor problema de la comunicación sería el de la «claridad». Hay que evitar «ruidos», anfibologías, etc. Hay que saber expresarse de una manera inequívoca, de modo que se trasladen objetivamente a los demás los hechos que han sucedido, o se digan certeramente las metas por las que haya de trabajar. Quien recibe lo que otro «comunica» aumentará los datos que posee o sabrá a qué atenerse en su comportamiento, pero no se espera de él que realice un intercambio de ideas con el comunicante. Quien comunica algo, así, no busca la retro-alimentación. Es muy lúcido el ejemplo paradigmático que leemos en Langford [1]: el astrónomo puede otear el cielo y descubrir la luz procedente de una estrella que explotó hace millones de años. Tal luz me comunica la existencia de algo que existió. Pero es evidente que ni la estrella tenía voluntad alguna de comunicarme algo, ni es posible que el astrónomo influya en nada sobre la estrella hoy desaparecida.

Desde luego, es indudable que dicho uso nunca fue admitido en latín. Para expresar tales ideas, el latín echa mano de otros términos, que son de la familia del verbo *nosco*, conocer, del que se deriva el «comunicar noticias» o el «dar órdenes que son de la propia competencia», etc. Pero quizá lo más interesante es observar que, también en el Diccionario de la Real Academia Española, la «comunicación» se refiere primeramente a «hacer a otro partícipe de lo que uno tiene», luego «trato, correspondencia entre dos o más personas» y sólo en tercer lugar «transmisión de señales mediante un código común al emisor y al receptor».

Se impone, por tanto, extraer de todo lo dicho una consecuencia. El significado principal del término «comunicación» no se refiere a la «transmisión de señales», por mucho que éste sea uno de sus sentidos y por importante que se haya hecho en la vida del hombre actual y, consecuentemente, en su educación. Claro está que la importancia de la «transmisión de señales» exige, según hemos ya apuntado, una investigación profunda para ayudarnos a todos a movernos con mayor competencia en un mundo caracterizado por la superior complejidad de las señales que deban decodificarse y emitirse. Pero antes de dejar paso a tales investigaciones, se han de llevar a cabo los análisis necesarios para fijar el alcance del significado principal del término «comunicación» y las consecuencias que de él se derivan en orden a una acción educativa más acertada.

El significado principal del término «comunicación»

¿Cuál es, por tanto, el alcance de ese «hacer a otro partícipe de lo que uno tiene»? Lógicamente, se comienza por participar en las cosas materiales y, dentro de ellas, en las que son más imprescindibles para la vida. De ahí que se comience participando en la mesa, pero inmediatamente nos percatamos de que la comida en común no es la simple coincidencia temporal en la realización de un acto fisiológico, sino que se transforma, como señala Aristóteles, en un instrumento mediante el cual se promueve «la grandeza de espíritu y la confianza del individuo en sí mismo» [2].

En efecto, el hombre necesita de cosas materiales para sobrevivir y por eso es muy humano que quien tiene mucho mire a ver a quién le falta, para subvenir a sus necesidades. Pero, sobre todo, lo más importante es darse cuenta de que todos estamos necesitados de comprensión, de amistad y de amor. De ahí que lo que del otro recibo sea especialmente valioso en la medida en que es una muestra de compasión, en que es una manifestación de cómo mi vida y mis problemas son apreciados y compartidos por los demás. Así, lo que recibo del otro puede ser algo material que me falta, a lo que se suma este elemento espiritual que acabo de señalar. Pero no están llamados a recibir sólo quienes carecen de cosas materiales: todos somos íntimamente menesterosos, necesitados de relacionarnos profundamente con los demás; de imbricar nuestra vida en una participación recíproca con quienes amamos; de anudar lazos de afecto con quienes nos rodean. El ideal del hombre no es el de la persona solitaria. Ciertamente, es preciso superar una estructura afectiva adolescente; y no es menos cierto que dentro de las características de la madurez se encuentra la capacidad de estar a solas con uno mismo [3]. Sin embargo, ello no nos puede hacer olvidar que estamos llamados a un intercambio, a una implicación e influencia mutua. Soledad y comunicación insistía Merleau-Ponty [4], no deben ser términos de una alternativa, sino dos momentos de un solo fenómeno, pues —de hecho— el otro existe para mí. Y esa existencia no es algo adjetivo. Muy al contrario, Aristóteles, a pesar de ser un gran metafísico, no defiende que el mayor bien del hombre sea el cultivo de la metafísica, sino el cultivo de la amistad, y en esa misma línea Séneca afirmaba que «sin compañía no es alegre la posesión de ningún bien» [5].

En una frase célebre, Kant decía que el hombre necesitaba del hombre para llegar a ser hombre. Yo me hago hombre *con* los demás. Estos son luz que ilumina no sólo la interpretación de la realidad, el significado de la existencia, sino incluso mi mismo ser, pues en no poca medida me descubro gracias a lo que me dicen los demás. Por supuesto

que no todos los *demás* son igualmente significativos, pero, en realidad, ningún otro es in-significante: ¡cuánto daño puede hacer un anónimo o el comentario de un enemigo! Además, esta luz que recibo de quienes me rodean, no es una luz fría y lejana, sino que es preciso sea cálida y cercana, pues de lo contrario careceré de todo estímulo para mi superación y el aire helado de la indiferencia agostará ordinariamente las mejores aspiraciones de mi espíritu, reduciéndome a un existir mediocre. Baste recordar los conocidos estudios sobre las nefastas consecuencias del síndrome hospitalario.

Vemos así que la comunicación, en su primer sentido, es un fenómeno bidireccional, y de una bidireccionalidad muy específica. En efecto, compartir no es simplemente ser capaz de una actuación interactiva, como el moderno ordenador que, a diferencia de la televisión educativa, no sólo me explica un problema, sino que me señala dónde lo he resuelto mal. Compartir no es tampoco un simple ofrendar, poner a disposición de, sino *partir juntos*. Cuando yo me abro al otro no espero sólo una respuesta que pueda modificar mis planteamientos, sino que generalmente espero también una reciprocidad. La comunicación se funda en el mutuo aprecio, en la confianza y en una cierta igualdad. La comunicación se destruye cuando falta la sinceridad, cuando se olvida la necesaria sensibilidad para saber responsablemente si procede expresar todo lo que uno piensa y de qué forma decirlo —pues tal olvido concluye hiriendo al otro— o cuando en vez de poner en común, se pretende arrojar sobre el otro el peso de la responsabilidad de la propia acción, o bien contar los problemas personales, pero con la clara decisión de no hacer caso de lo que el otro diga.

Es, por tanto, muy comprensible que alcanzar, así, un alto nivel de comunicación en la vida no sea tarea sencilla. Primero están los problemas de los «roles» y las máscaras sociales. Es fácil dejarse llevar por las pautas establecidas que estructuran socialmente el modo de relacionarse entre las personas, y que pueden conducir a que no surja una comunicación realmente enriquecedora; pero, sin caer en el impropio maximalismo de pretender acabar con toda estructura social —acusándola de poseer una dinámica propia, ajena a los deseos de los individuos—, tampoco podemos someternos irreflexivamente a cualquier sistema, ni olvidar la necesidad de sacar el máximo partido al sistema vigente. Además, en segundo lugar, hay que recordar cómo la libertad de los hombres introduce un elemento de dramatismo en el proceso de la comunicación. En efecto, cuando yo deseo comunicarme con alguien no le estoy pidiendo que me escuche, sino que, de algún modo, se comprometa conmigo y con mis circunstancias; no sólo que conozca, sino que comprenda, que oriente, que estimule. Y eso es, a la vez, tanto pedirle que salga de su egoísmo para darme lo mejor de su yo, como invi-

tarle a que se arriesgue a escucharme y a ayudarme: arriesgarse, pues a veces ocurre que quien recibe como respuesta aquello que no le gusta oír, o quien, simplemente, no es capaz de tolerar el saberse deudor de nadie, se revuelve contra el otro y de repente se aleja o incluso le denigra en una estúpida muestra de autoafirmación.

Las dificultades de la comunicación son grandes también porque la filosofía desde Descartes —con un resabio claramente burgués— ha tendido a construirse sobre la existencia solitaria del yo pensante, con un camino en el que podríamos citar las conocidas palabras de Pascal «on mourra seul» [6] de lo que se termina concluyendo, con Blondel, que se vive solo, como se muere solo. Pero en este siglo se han levantado numerosas voces —entre las que podríamos citar a Husserl y sus ecos en Merleau-Ponty— para mostrar que lo originario del hombre, que es espíritu encarnado y no razón pura, no es una subjetividad solitaria sino una *intersubjetividad*. El hombre es excéntrico a sí mismo y si es cierto que se muere solo, no lo es menos que se vive con los otros [7].

La cuestión última que debemos abordar consiste en señalar algunas de las principales consecuencias que de esta nueva perspectiva de la importancia de la comunicación con los demás se siguen a la hora de encauzar nuestro quehacer educativo.

Educar para la comunicación existencial

¿Cómo vamos a ayudar a la joven generación a que triunfe en una meta existencial tan ambiciosa como es la posesión de una capacidad de comunicación significativa? Naturalmente, por tratarse de una nota en cuyo logro influyen tantos factores subjetivos, pienso que no es cuestión de echar las culpas a los educadores si vemos problemas generalizados de comunicación en una sociedad. Pero considero innegable que los educadores, con su forma de actuar, y con las orientaciones que dan a los educandos, de algún modo facilitan o dificultan el éxito en esta dimensión humana.

Por ello entiendo que quienes tienen responsabilidades educativas deberán ajustar su actuación a los tres criterios siguientes.

Primero. Educar es constitutivamente una relación de ayuda, en la que debe quedar siempre al margen cualquier pretensión de dominio sobre el educando. Si el educador cae en la tentación de creer que, a causa de la relativa inferioridad del educando, puede subrogarse sistemáticamente en el ejercicio de la libertad del otro, fomenta en él actitudes de clausura que dificultan el nacimiento de cualquier comunicación sana. Con ello, por supuesto, no quiero decir que me sume a las

posiciones de Mollenhauer ni de su inspirador Habermas, por interesantes que puedan ser algunas de sus intuiciones. Como es sabido, Habermas llama «acción comunicativa» a la situación en la que los actores aceptan coordinar de modo interno sus planes y alcanzar sus objetivos, únicamente, a condición de que haya o se alcance mediante negociación un *acuerdo* sobre la situación y las consecuencias que cabe esperar» [8] y Mollenhauer, al interpretar la educación como acción comunicativa, considera que la relación educativa debe darse en condiciones de perfecta simetría, pues de lo contrario se inscribirá en un contexto de poder. Ahora bien, la educación tiene unas exigencias intrínsecas, que no sólo es irracional olvidar [9], sino que, además, cuando se defiende que *toda* acción pedagógica —por atenerse a tales exigencias— consiste en un ejercicio de poder, lo que se está consiguiendo es quitar «la posibilidad de criticar adecuadamente la violencia existente dentro de sus causas y motivos específicos» [10].

En segundo lugar, el educador debe tener muy buen cuidado en no usar contra el educando ninguna información que éste le haya comunicado con mayor o menor reserva. Todas las profesiones tienen el deber del secreto profesional —con los límites razonables que son propios en cada caso— y si el educador falta a tal deber, fomenta el crecimiento de la incomunicación en las jóvenes generaciones, de la creencia en que no cabe entre los hombres una relación abierta.

Por último, el educador está llamado a abrir campos ante los ojos del educando, a darle motivos para que descubra el valor de la comunicación, señalando las limitaciones de quienes —inauténticos— dejan pasar su vida como el agua sobre las piedras, aferrándose a pequeñeces, perdidos en el mundo, confundidos en una existencia impersonal carente de un sentido claro.

Naturalmente, este modo de proceder del educador debe verse correspondido por ciertas actitudes del educando, sin las que se frustraría incluso el despuntar de una comunicación significativa. Entre ellas cabe señalar las siguientes.

En primer término, es preciso luchar contra la soberbia egoísta que se considera autosuficiente, o contra la actitud encogida de quien se cierra a la amistad, al afecto, al amor, por el miedo de que a lo mejor, un día, tenga que sorberse las lágrimas. A los primeros la vida se encarga de darles muchas lecciones. Y a los segundos no les vendría mal considerar la posición de Unamuno cuando decía «por mi parte prefiero que me peguen por amor o por odio a no que no me molesten por indiferencia. Hay quien cree que es menester llegar a que los hombres no puedan hacerse mal, aunque sientan mal unos de otros y se aborrezcan; mas yo prefiero que lleguemos a amarnos y a compadecernos

—amarse es compadecerse—, aunque nos hagamos daño y andemos de continuo a la greña» [11].

Además, el educando habrá de luchar contra uno de los rasgos de la mentalidad dominante en nuestros días, que se caracteriza por lo que cabe llamar una cultura de lo provisional. En efecto, los cambios en la sociedad, el desbordamiento del deseo, el espíritu consumista, etc., mueven a muchos a olvidarse de la importancia que para el hombre tiene el compromiso existencial, el cual es imprescindible para conseguir una libertad madura realmente encarnada, pero a la vez es condición necesaria para que surja la comunicación entre los hombres. Es fácil advertir que sin una apertura y una fe en el otro, que está dispuesta a echar raíces en el tiempo, no puede darse una comunicación verdadera y profunda. Decía Saint-Exupéry que «el hombre no es sino un nudo de relaciones» [12], y con ello se refería no a simples relaciones episódicas, fruto del deseo instantáneo, sino a vínculos constantes que se acrisolan con el tiempo y que sólo ellos permiten hacer partícipe al otro de lo que tengo y participar también en lo del otro. Por supuesto que tal compromiso es arduo, no sólo al tener que superar el deterioro al que están sometidas todas las realidades temporales, sino también por la constitutiva opacidad del otro, que me obliga siempre a afirmar más de lo que sé, pues en contra de lo que dice un verso conocido y cursi, nadie tiene «el pecho de cristal».

Por último, todos hemos de ser avisados a la hora de elegir las personas con quienes deseamos comunicarnos. Si siguiéramos la dinámica del pensamiento de Habermas, estaríamos obligados a admitir que llegará un momento en que nos podremos comunicar con todos los miembros de la sociedad. Mucho me alegraría que tal momento llegara pronto. Pero, mientras tanto, me sumo a la propuesta orteguiana de que una de las características del hombre educado es que sabe distinguir entre las personas [13], ciencia tan difícil que en ella realmente no se pasa de la condición de aprendices, por lo que hemos de movernos con la humildad reflexiva de quien es consciente de que sabe poco, pero con la decisión de quien se da cuenta de que esperar a saber acabaría con su vida.

No cabe duda que la importancia del problema que nos hemos planteado exige estudios más detenidos. Ello no es obstáculo para que considere que las ideas aquí defendidas forman parte de todo planteamiento profundo del sentido de la comunicación en el hombre, y que si nos esforzamos en aplicarlas llevaríamos mucho ganado para conseguir una mejora cualitativa de nuestra existencia.

Dirección del autor: José A. Ibáñez-Martín, Departamento de Teoría e Historia de la Educación, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, Universidad Complutense, Ciudad Universitaria, 28040 Madrid.

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 10-I-1988.

NOTAS

- [1] LANGFORD, G. (1985) *Education, Persons and Society*, p. 176 (Houndmills, Macmillan).
- [2] ARISTÓTELES, *Política*, l. V c. IX, 1313 b.
- [3] Todos tenemos en la cabeza los famosos versos de Machado: «Converso con el hombre que siempre va conmigo / —quien habla solo espera hablar a Dios un día—; / mi soliloquio es plática con este buen amigo / que me enseñó el secreto de la filantropía» (*Campos de Castilla, Retrato*).
- [4] Vid. MERLEAU-PONTY, M. (1945) *Phénoménologie de la perception*, p. 412 (París, Gallimard). Palabras muy semejantes encontramos también en K. JASPERS (1958) *Filosofía*, vol. I, p. 462 (Madrid, Revista de Occidente).
- [5] SÉNECA, *Cartas a Lucilio*, libro I, Carta VI. Más próximos a nosotros se encuentran los versos de Pedro SALINAS:

«¡Qué alegría, vivir
sintiéndose vívido.
Rendirse
a la gran certidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
me está viviendo»
(*La voz a ti debida. Razón de amor*).
- [6] PASCAL, B. *Pensées*, n.º 211.
- [7] Vid. MERLEAU-PONTY, M. o.c., p. 512 (1948) *Sens et non sens* (París, Nagel), pp. 329 y ss.
- [8] HABERMAS, J. (1985) *Conciencia moral y acción comunicativa*, p. 157 (Barcelona, Península).
- [9] En un reciente libro (1986), el conocido sociólogo francés R. BOUDON dice: «La teoría de la comunicación pura y perfecta de Habermas es un modelo interesante, simpático y animado de las intenciones más puras. Pero siempre me ha hecho pensar en la historia de aquel experto en investigación operativa a quien se le pide determinar el mejor modo de subir un elefante a una barca y que comienza suponiendo que el peso del elefante es despreciable». *L'Idéologie*, p. 276 (París, Fayard).
- [10] WIGGER, L. (1984) Acción y educación. Un análisis crítico de las concepciones de acción en las teorías educativas, p. 54, en *Educación* (Tubinga), vol. 30.
- [11] UNAMUNO, M. de (1906) Sobre el rango y el mérito. *La España moderna*, n.º 205, enero.
- [12] SAINT-EXUPÉRY, A. *Pilote de guerre*, p. 174. Recuérdese también el conocido diálogo del Principito con el zorro.
- [13] Vid. ORTEGA Y GASSET, J. (1968) *Misión de la Universidad*, pp. 87-89 (Madrid, Revista de Occidente).

SUMMARY: PHILOSOPHIC-PEDAGOGICS HIGHLINES OF THE COMMUNICATION'S PROBLEM.

This article shows that the first meaning in spanish of the word «communication» doesn't refer for imparting information but to share with the other the things that one has. We need this kind of communication in order to develop a really human life, that we never will get if we don't decide for living with the others, in a community not only of interests but mainly of affection.

To reach this goal could not be easy, as well for its intrinsic difficulty as for the strength of the social roles, that obstruct the growth of a communication really fulfilling between the persons. Then it is logic that through the educational process we attempt to help the growth of this communicative competence, and thus the article finishes showing several criteria for the action of the educator and of the educandus.